

LOS PROSTÍBULOS Y LA VIDA ALEGRE EN RANCAGUA

Como toda ciudad que se respeta, Rancagua conoce de casas alegres y barrios rojos, y aunque la vida bohemia nunca ha sido su característica, alcanzaron su mayor apogeo con el esplendor del campamento minero de Sewell. Los primeros prostíbulos de la villa datan de mediados del siglo XIX, el más famoso fue el *Celeste Imperio*, una elegante casona ubicada en calle Zañartu al llegar a Cáceres, atendida por niñas finamente vestidas y donde llegaban, en su mayoría, dueños de haciendas y fundos de los alrededores de la villa, que no sólo podían costear los servicios ofrecidos sino también estadías en la casa, que a veces se prolongaban por días o semanas.

A fines del siglo XIX y primeros años del 1900, otras casas se instalaron en calle Zañartu pero más cerca de calle Millán, una de ellas, la *casa de la Vieja Linda* quedó inmortalizada en la novela del gran Oscar Castro “La vida simplemente”, cuya primera parte denominó “La casa del farol azul”, allí vivían 12 prostitutas y el prostíbulo era custodiado por un sacristán, quien avisaba a la dueña cuando se acercaba la guardia civil.

Cuando don Efraín Guzmán, vecino de Rancagua, vendió los terrenos de calle Millán a la Braden Copper Company donde se instalaron sus oficinas y estación de tren procedente de Sewell, los hoteles, bares, cabarets y prostíbulos proliferaron por doquier en calles aledañas dando alegre vida al naciente sector. Algunas de ellas, como Maruri, Unión Latinoamericana, Calvo, Lastarria y Gamero se llenaron de casas donde las damas esperaban la llegada de los ansiosos mineros, cargados de billetes, procedentes de la fría montaña.

A diferencia del prostíbulo, el cabaret tenían música en vivo, con orquestas que tocaban toda la noche, así en Lastarria con Carrera Pinto famosos fueron el *Puerto Nuevo* y el *Buggy Buggy*, y en Maruri el *Embassy*. Entre los prostíbulos quedarán los nombres del *Asturias*, *las palomeras*, la casa de *la Rosa Castro*, de *la Ceci*, de *la Chaparro*, *el chalet*, donde *el maricón Pepe*, *la Playa*,... uno ubicado en Maruri se llamaba el *luca gamba sota* ya que el número de la casa era 1110. En la esquina de calle Millán con Calvo existió una bonita casa, de los más famosos prostíbulos de la

época, conocida como la *Casa de Cristal*, por sus grandes ventanales, amplio salón con elegantes sillones, donde una señorita acostumbraba a recibir al cliente y acomodarlo en el salón con un amable saludo: “- adelante señor, le llamo una dama”. En el salón era recibido por su propia dueña, la Sra. Aurora, que de vestido largo y muy coqueta ofrecía el trago a sus huéspedes.

La Casa de Cristal abrió sus puertas en el año 1947, además del salón para recibir a los clientes, contaba con un amplio comedor, una galería, dos baños, cocina y dormitorios para las niñas. Ofrecía cognac, pisco, vermouth, menta, anís, cuba libre, gin y piscola, nunca vino ni aguardiente, el whisky se reservaba para los gringos y clientes especiales. El trago era cobrado mediante una ficha por cada copa que la dama consumía con su cliente, por lo que ellas también ganaban con la venta de licores.

La Sra. Aurora reveló en una entrevista cómo era la vida al interior de la Casa de Cristal:

“- Tuve 15 a 18 mujeres, casi todas estupendas, de buen físico y para todos los gustos varoniles, nada excepcional, sólo que fueran aceptables y damas. Ellas usaban vestidos largos, como una bata, nada de escotes, todas perfumadas y peinadas de peluquería todos los días. La edad mínima era 21 años, nunca acepté menores, ninguna era de Rancagua y tenían 15 días de permiso -un mes máximo- para ir a su casa, pero no podían salir los días de mayor público y debían dejarme la ropa antes de salir.”

“- Les pedía responsabilidad, dándoles buena comida, techo y participación en los tragos, así que obtenían bastante plata. Era estricta con su control sanitario, nunca una enfermedad venérea, y la indispueta por alcohol permanecía en su cuarto. Les descontaba el lavado de sábanas y el derecho a pieza cuando llevaban cliente al cuarto. No les permitía robos ni juegos de azar. La que era seria, le iba bien conmigo, muchas duraron años.”

“- Debían cumplir las reglas básicas de la casa, además de darles la pieza y las cuatro comidas diarias debían cumplir un régimen de horarios. No se recibían clientes en la mañana ni de día, por orden mía nadie las despertaba hasta las 2 de la tarde, que era

la hora del almuerzo, la cena se servía a las 9 de la noche, momento en que ya tenían que estar bañadas. La que quería se preparaba desayuno u once a cualquier hora".

“- Las tarifas estaban establecidas pero las niñas podían ponerse de acuerdo y elevar el valor del servicio en ocasiones especiales, por ejemplo cuando llegaba el tren de Sewell. El minero siempre cancelaba billetito bien trabajado y sudado, el cheque era escaso porque había que depositarlo. De repente pagaban en especies de oro, pulseras y relojes, básicamente joyas. Igual de buena era la propina por la conversación o compañía femenina.”

Aurora retrata también el perfil de sus clientes, y aunque nunca llevó un registro destaca el ambiente sano y seguro al interior de la casa:

“- Llegaba gente de todo el país, y el minero aunque fuera analfabeto vestía elegante, de terno negro, corbata roja y en un 80% con un diente de oro, su camiseta blanca e impecable y ni siquiera olor a pies. Ellos cuidaban la higiene al máximo, en una ocasión tan especial para abordar a una mujer.”

“- Su comportamiento era excelente porque iba a disfrutar, les gustaba la fiesta, no todos bailaban o cantaban, pero embriagados se divertían a su manera. Sin pelear, rivalizaban en cuanto a trabajo, ya que en el tren bajaban trabajadores de Sewell y Caletones.”

“- Estos hombres hablaban sólo de pega y si eran casados hablaban a veces de su mujer o familia, que generalmente vivían fuera de Rancagua, justificando este goce diciendo: si trabajamos como brutos y la vida es corta, tenemos que aprovechar ¿cierto?. Con una respuesta afirmativa eran felices, les gustaba que alguien tomara en cuenta lo que decían. Siendo que en la mina trabajaba gente ignorante pero capaz, cuidaban su vocabulario, uno que otro garabato aislado.”

"- A mi casa llegó el minero tipo empleado y el gringo, que era alegre, chacotero, pero desabrido como él solo. Los jefes eran atendidos en el comedor del patio, donde cantaban sus canciones y a veces pedían que una niña desnuda les bailara, pero eran tranquilos.”



“- El cliente antiguo era cariñoso, la mayoría tenían su amiga a la que llamaban por teléfono en la semana... la invitaban a comer, le compraban ropa y zapatos, incluso varios les traían alguna figura de cobre de regalo.”

Aurora accedía a cerrar el local si un cliente lo pedía, después de resistirse un poco y en complicidad con las niñas, para lograr el desembolso de una buena suma de dinero.

De las vivencias relatadas por Aurora, se desprende la relación, mucho más allá de lo meramente mundano, que estas casas tenían con sus clientes, y cuando la tragedia caía sobre la mina las mujeres alegres también lloraban, muchas casas cerraban sus puertas y la música se silenciaba.

Con el progreso de la ciudad, las nuevas obras trajeron clientes de otras empresas y nacionalidades, tanto que algunas damas contrajeron nupcias y se fueron del país. Asimismo, para el Campeonato Mundial de Fútbol de 1962, la Casa de Cristal recibió algunas delegaciones extranjeras, ocasión en que el salón fue decorado con banderas de los países participantes.

Con el tiempo, otros prostíbulos nacieron para gente más acomodada e importante que frecuentaban la ciudad, se ubicaron principalmente en calle Rubio, *la Loreto, la torre 10, la casa de ladrillo, la turca...* aquí llegaban los jefes de la compañía cuprífera y vecinos más adinerados de Rancagua, que no deseaban ser vistos ni mezclarse con los clientes de Maruri y alrededores. En contraposición a las casas de calle Rubio, aparece otra calle también famosa, la calle Aurora, donde estaban los prostíbulos de menor calidad, con mujeres menos agraciadas y peor vestidas, para público menos exigente. El folklorista nacional Roberto Parra (el tío Roberto), creador de las cuecas choras y la Negra Ester, en su paso por Rancagua vivió en esta calle, en el prostíbulo de *la Carmela Güena Gente*, donde conoció a una prostituta con quien, cuenta en sus décimas, tuvo una historia de amor, era “la Flor María de la calle Aurora”. Actualmente, esta calle es una de las pocas que mantiene aún su actividad y aunque en decadencia, es común ver al pasar de día a las mujeres sentadas en sillas de madera en la vereda reponiéndose de las febriles noches de trabajo.



Una costumbre frecuente de los mineros fue “*cerrar la casa*”, esto consistía en pagar a la dueña una alta cantidad de dinero, para cerrar las puertas y contratar la atención sólo al grupo de amigos. Relatos de la época señalan que “los mineros bajaban con las maletas llenas de billetes, se la entregaban a la regenta quien cerraba la casa de huifa, permanecían allí por días o semanas y volvían al campamento con lo puesto....sin reloj, con camisa, pantalón, zapato y paletó...pero felices”.